

Nuovo. Clodoveo le hizo edificar una iglesia en Dijon. Los sacramentarios romanos no mencionan su fiesta, que recoge el Leccionario de Würzburg junto con la perícopa polémica de Lc 22, 24-30.

BHL 623; *Mart. hier.*, 301-302; F. Lanzoni, *Le diocesi d'Italia*, Faenza 1927, 737-748; DHGE I, 957-959; BS 2, 239-248.

V. Saxer

APOLINAR DE VALENCE. Hermano de Avito de Vienne, pariente de Sidonio Apolinar y quizás también del emperador Avito (455), Apolinar fue obispo de Valence (Galia) poco antes del 492. Participó en los concilios de Epaône (517) y de Lyon (516-523); murió poco después de esta fecha. Su fiesta se celebra el 5 de octubre. Su vida (BHL 634) se remonta a la época carolingia, pero podría haber conservado informes dignos de crédito.

L. Duchesne, *Fastes épiscopaux de l'ancienne Gaule I*, Paris 1907, 210-218; DHGE 3, 982-986; *Vies des SS.*, Paris 1952, t. 10, 114-117; BS 2, 249-250.

V. Saxer

APOLOGISTAS-APOLOGETICA (características generales)

I. Los apologistas griegos y latinos. Con este nombre se designa a los escritores que se proponen la defensa de la religión cristiana contra las acusaciones y persecuciones de los paganos. La literatura apologética continuará después del triunfo del cristianismo en el terreno político, pero su primer florecimiento es en los siglos II-III. El primer documento (después de los precedentes que pueden verse en el nuevo testamento, especialmente Hech 14, 15-20; 17, 22-31 y en Ap) es la *Apología* dirigida por Cuadrato al emperador Adriano (117-138), de la que sólo conocemos un fragmento recogido por Eusebio (HE V, 3). Aristides, filósofo ateniense, presentó su *Apología* al mismo Adriano o a Antonino Pío (138-161) en los primeros años de su reinado; nos ha llegado en griego, en un fragmento armenio y en una versión siríaca que parece muy cercana al texto original. Entre los apologistas griegos destaca

la figura de Justino, nacido en Palestina, filósofo convertido al cristianismo que después de varias peregrinaciones se instaló en Roma, donde reunió a un grupo de discípulos y con seis de ellos murió mártir entre el 163 y el 167. De él tenemos dos *Apologías*, que en su origen debieron formar una sola, compuesta por el 153, y el *Diálogo con el judío Trifón*. Otros escritos que nos han llegado con el nombre de Justino son apócrifos o de autenticidad dudosa. Taciano, discípulo de Justino, nacido de familia pagana en Siria, compuso el *Discurso a los griegos*, una violenta invectiva contra toda expresión del paganismo, y el *Diatessaron*, redacción concordada de los cuatro evangelios. Atenágoras, quizás ateniense, dirigió por el 177 una *Súplica por los cristianos* a Marco Aurelio y a su hijo Cómodo; el tratado sobre la *Resurrección de los muertos* parece que se le atribuye indebidamente. Teófilo, obispo de Antioquía, escribió por el 180 tres libros *Ad Autolicum* y otras obras perdidas. Pueden mencionarse aquí dos obras de fecha incierta, que nos han llegado bajo el nombre de Justino: el breve *Discurso a los griegos* y la *Exhortación a los griegos*. El escrito dirigido a Diognetes, personaje desconocido (por el año 200), condena la idolatría y las prácticas judías y presenta a los cristianos como el alma del mundo. Fuertemente polémica y sarcástica es la *Burla de los filósofos paganos* de Hermías, de incierta cronología (entre los siglos II y IV). También tenemos noticia de *apologías* perdidas, compuestas en el siglo II y principios del III por Milciades, Claudio Apolinar, Melitón de Sardes y otros autores desconocidos. En algunas Actas y Pasiones de mártires están presentes motivos apologéticos y polémicos.

En el mundo latino la apologética nace ya adulta en Tertuliano, de Cartago, que en el 197 escribe *Ad naciones* y el *Apologeticum*, seguidos por el *De testimonio animae* y el *Ad Scapulam*, una carta abierta al procónsul de Africa, perseguidor de los cristianos. No hablamos aquí de sus numerosos escritos de diverso contenido, donde no faltan motivos apologéticos antipaganos. Minucio Félix, al que algunos consideran anterior a Tertulia-

no, un africano que actuaba como abogado en Roma, defendió la religión cristiana en el diálogo *Octavius*. Caben en el género apolo-gético algunos escritos de Cipriano, obispo de Cartago († 258): *A Donato*, *A Demetrio*, *Quod idola dñi non sint*, que no todos atribuyen a Cipriano. Entre los siglos III y IV vivieron Arnobio, autor de una obra en siete libros *Adversus nationes*, y Lactancio, que compuso los siete libros de las *Divinae institutiones*, con una intención apolo-gética fundamental, el *De mortibus persecutorum* y otras obras.

II. Características comunes. La literatura apolo-gética atestigua el interés de un grupo de intelectuales cristianos por defender su religión contra los ataques que procedían de elementos cultos del paganismo, contra las acusaciones que corrían entre las capas populares y contra las persecuciones promovidas por el imperio o las autoridades locales. El nivel cultural es generalmente el propio de su tiempo, o sea, generalmente poco elevado y obtenido de segunda mano. El elemento doctrinal propiamente cristiano, escaso por la finalidad que se proponían los escritores, es sin embargo una fuente preciosa de información. En conjunto, estos textos nos presentan una comunidad cristiana animada de una fe sincera, que en sus elementos más preparados toma con entusiasmo y coraje la defensa de los hermanos calumniados y perseguidos, con la intención más o menos manifiesta de ganar a los otros para el evangelio.

III. Las dos corrientes. En la medida en que es posible caracterizar a unas personalidades y a una obra en las que confluyen elementos no siempre homogéneos, los apolo-gistas se distinguen entre sí por la distinta actitud que asumen frente a la política y la cultura del mundo pagano al que se contraponen en la defensa y en la polémica. Aristides, Melitón, Justino y Atenágoras entre los griegos, Minucio Félix entre los latinos, intentan echar un puente hacia las instituciones y la cultura pagana, en la que reconocen elementos de verdad que atribuyen a la intervención de la providencia divina. Al con-

trario, Taciano, Hermias, Tertuliano y Arnobio atacan sin reservas todos los aspectos del paganismo; es distinto el tono empleado por Lactancio, a pesar de su rechazo de la filosofía. Todos ellos, sin embargo, utilizan con mayor o menor éxito los medios expresivos de la tradición clásica en la que se han formado, aunque su cultura, sus intereses y el estilo de cada uno se presenten con caracteres distintos.

En los manuales de patrología y de literatura cristiana antigua griega y latina, así como en las enciclopedias de contenido religioso puede encontrarse una amplia bibliografía. Indicamos algunas obras recientes y fácilmente accesibles (prescindiendo de las que se refieren a autores concretos):

PG 6; C. Otto, *Corpus apologetarum*, 9 vols., Jena 1847 ss; J. Geffcken, *Zwei griechische Apologeten*, Leipzig-Berlin 1907 (Aristides y Atenágoras); E. J. Goodspeed, *Die ältesten Apologeten*, Göttingen 1914 (Aristides, Justino, Taciano, Atenágoras); A. Casamassa, *Gli apologeti greci*, Roma 1943; M. Pellegrino, *Gli apologeti greci del II secolo*, Roma 1947; Id., *Studi sull'antica apologetica*, Roma 1947 (1977); J. Danielou, *Message évangélique et culture hellénistique*, Paris 1961; R. Grant, *VChr* 9 (1955) 25-33 (cronología). Para los latinos véase la bibliografía relativa a cada autor.

M. Pellegrino

APOLONIA. Dionisio, obispo de Alejandría, nos habla del pogrom de que fueron víctimas los cristianos de la ciudad en el año 249. Entre ellos estaba Apolonia que, antes que pronunciar palabras impías, prefirió echarse a una hoguera y arder viva.

DHGE 3, 1008; BS 2, 258-267.

V. Saxer

APOLONIO. Según las Actas sobre él, donde se recogen datos dignos de crédito, Apolonio compareció en Roma ante Perenne, prefecto del pretorio, por el año 185. En una segunda audiencia, después de defenderse en presencia de los senadores y de personas de cultura, fue condenado a muerte en virtud de un decreto del Senado que negaba la existencia a los cristianos desde un punto de vista legal. Murió el 11 de abril. Una remodelación de las Actas hace de Perenne un procónsul de Asia y confunde a este mártir con el Apolo de Hech 18, 24.

BHG 149; BHO 79; Eusebio, *HE* 5, 21, 2-5; Delehaye *PM*, 92-99; G. Lazzati, *Gli sviluppi della letteratura sui*

HEREJIA-HEREJE. Del griego αἵρεσις, que puede derivar de αἰρέομαι (tomar) y de la voz media αἰρέω (escoger). En el griego helenista indicó el objeto de la opción intelectual, es decir, una doctrina o una escuela filosófica; en Filón, Flavio Josefo y los LXX designa las diversas sectas o corrientes existentes en el judaísmo, más bien con un sentido peyorativo, quizás porque se alejaban de la enseñanza de la tradición rabínica; en este sentido lo utilizaron los judíos en el ámbito cristiano. Por eso los cristianos fueron considerados primeramente como «herejes» por haberse desviado de los judíos; más tarde éstos, con sus diversas sectas (fariseos, saduceos, etcétera), fueron tratados como «herejes» por los cristianos (Mt 16, 6-12), en cuanto que se apartaban de la verdadera religión. En la comunidad de Corinto (1 Cor 11, 18-19) se habla de «herejías» y de «cismas»; en Gál 5, 20 y en 2 Pe 2, 1, de «herejías». Aunque es difícil precisar los límites de ambos términos, «herejía» supone ya una desviación de la doctrina que cree la comunidad y de su manera de vivir. De este modo se habla de herejía en un contexto de ámbito judío con el significado de heterodoxia, recibiendo del mundo griego una terminología que denotaba sólo una opción en la búsqueda filosófica, sin entrar en el juicio sobre la misma. En este sentido hay que leer a Ignacio de Antioquía (*Trall.* 6, 11), a Justino (*Apol.* I, 26, 8; *Dial.* 17, 1; 35, 3; 51, 2; 108, 2), al *Pastor* de Hermas (*Simil.* 9, 23, 5) y a Clemente de Alejandría (*Strom.* 66, 44 y 1, 19, 91). La herejía es una opción personal: respecto a la enseñanza del evangelio para Ireneo (*Adv. haer.* 3, 12, 11; PG 7, 905), a la enseñanza de los apóstoles para Tertuliano (*De praescr.*), constituyendo una desviación de la *regula fidei* y de la disciplina del Maestro y por tanto una novedad en la fe (*Praescr.* 6, 2; 42, 8). *Novitas* se convierte en término técnico para indicar la herejía (Gregorio Nacianceno, *Or.* XL, 42 sobre la Trinidad; Agustín, *Nupt. conc.* 2, 12, 25; *Retract.* II, 33 sobre el pelagianismo; Vicente de Lérins, *Comm.* I, 28).

En relación con el cisma, la herejía se distingue de él, aunque el propio cisma es con-

siderado como infectado por la herejía (Jerónimo, *Ep. Tit.* 3, 10-11) o conducente a ella (Agustín, *De civ. Dei* 18, 51; *Ep.* 93, 11, 46; *C. Cresc.* 2, 7, 9), hasta el punto de que los herejes y los cismáticos quedan situados en el mismo plano (Cipriano, *Epp.* 69 y 70 a propósito de los novacianos). El año 1934 propuso W. Bauer la comprensión de la herejía como un dato original del cristianismo, de cuyo fondo habría surgido luego la ortodoxia; entre las diversas lecturas del cristianismo se habría impuesto la que se calificó luego como ortodoxa, pero que en su origen estaba al mismo nivel que las demás. Los límites de esta lectura del cristianismo original son dos: 1) aplicó a los testimonios cristianos la categoría de herejía que se usaba entonces en las filosofías, como una opción posible en la búsqueda de la verdad; 2) concibió la dialéctica ortodoxia-herejía como dos aspectos que no sólo es posible distinguir sino incluso separar realmente. Pero en el cristianismo la dialéctica ortodoxia-herejía era distinta. Al dato original de Jesús de Nazaret (*dicta et facta Iesu*) se le dio la única lectura posible con garantía suficiente de los testigos directos, aceptados como tales en la comunidad (los discípulos). En esta línea se asentó la ortodoxia; fuera de este surco, señalado luego técnicamente como «apostólico», y sin prescindir de él es como se habló de herejía que, por consiguiente, no puede definirse más que en relación con la ortodoxia. La regla normativa de esta dialéctica, sobre la base común de vincularse a lo que los apóstoles habían recibido de Jesús, se fue precisando en torno a ciertos puntos de referencia: confesiones de fe, reglas de fe, símbolos de la fe, decisiones tomadas por el jefe de la comunidad (obispo; obispo de Roma), por los concilios, por la autoridad de la iglesia. La herejía, que vieron muchos en la antigüedad (Hipólito, Tertuliano, etc.) como fruto de una falsa mediación cultural, fue atacada en su raíz filosófica; pero en espíritus más atentos y sensibles a la cultura, fue vista también por su utilidad para comprender mejor el dato de fe cristiana y profundizar en él. Hoy diríamos que se vio también su funcionalidad respecto a la or-

toxicia (por ejemplo, Orígenes, *C. Celsum* 2, 27; 3, 12-13; 5, 61; Clemente de Alejandría, *Strom.* 7, 15, 89; Agustín, *De civ. Dei* 16, 2, 1; 22, 24, 3). El mismo Agustín, cuando Quodvultdeus le pidió para su uso personal un manual sobre las herejías, se dio cuenta de la dificultad de señalarlas, ante el peligro de denunciar como heréticas opiniones que no lo eran (*Ep.* 222, 2). Sin embargo, desde los primeros tiempos se recogieron las lecturas del cristianismo que se juzgaban como heréticas (Justino, *Syntagma*, que se ha perdido; Hipólito, *Refutatio omnium haeresium*; Ps-Tertuliano, *Adversus omnes haereses*: CSEL 47, 213-226; Anónimo, *Anakephaleosis*; Epifanio, *Panarion* [por el 375-376]; Filastrio, *Diversarum haereseon liber* [380-390]; Ps. Jerónimo, *Indiculus de haeresibus* [antes del 428]; Agustín, *De haeresibus* [428-429]; *Auctor Praedestinati* [después del 430]. Desde el siglo V estos manuales tienen la finalidad pastoral de conocer las herejías, disponer de respuestas que darles y poder hacer frente a las nuevas. Después del *De praescr.* de Tertuliano, que indicaba cómo se hace uno hereje, Agustín se propuso escribir el II libro *De haer.* sobre la cuestión *quid facit haereticum?*, pero no llegó a escribirlo. En Agustín, como en los autores cristianos antiguos, la herejía no sólo supone un error en el plano lógico de la fe, sino que indica a un grupo que se adhiere a esa versión del cristianismo.

Hereje. Situado por Pablo (1 Cor 11, 18-19) entre los que cristianamente están afectados de un vicio, señalaba a la persona que no había hecho la opción debida, al contrario de lo que significaba en el helenismo (la persona capaz de optar justamente en el ámbito de una filosofía que se constituye como regla doctrinal respecto a las costumbres-instituciones y sentimientos primarios de un pueblo: Sexto Empírico, *Pyrrhon hypotyp.* 1, 16; Ps. Platón, *Defin.* 412a). El hereje cristiano supone una opción hecha fuera del ámbito de código de vida de la comunidad; se trata de un juicio privado que no tiene en cuenta el de la comunidad. Por eso se indica genéricamente a los herejes como «enemigos de la fe» (Ambrosio, *In ps.* 118, s.13, 6), supo-

niendo su adhesión personal a lo que es contrario a la fe. En eso se distinguen de los cismáticos, que connotan no ya una opción a la que se adhieren, sino una ruptura o una división dentro de la comunidad. Si se les equipara, era porque tanto la herejía como el cisma atentaban contra la unidad de la comunidad cristiana. Agustín, al calificar a un cristiano de hereje, exige mala voluntad y obstinación en su adhesión al error, que se hace evidente cuando es claro el conocimiento de la *regula fidei* (*De pecc. orig.* 29, 34; *De bapt. c. Don.* 4, 16, 23; *De gest. Pel.* 6, 18; *De anima et eius or.* 3, 15, 23). No cree que pueda considerarse como hereje al que nace en la herejía, ya que su opinión «no es fruto de su atrevida presunción, sino herencia recibida» (*Ep.* 43, 1): «Haereticus est, ut mea fert opinio, qui alicuius temporalis commodi et maxime gloriae principatusque sui gratia falsas ac novas opiniones vel gignit vel sequitur» (*De util. credendi*, 1). En relación con la comunidad cristiana la comprensión de «hereje» sufrió una verdadera evolución desde Tertuliano hasta Agustín. En Tertuliano no se le reconoce la *appellatio fraternitatis*, ya que «no se tiene como cristiano al hereje» (*Praescr.* 16, 2); religiosamente es equiparado con el pagano y el judío, ya que con su herejía se ha alejado del vehículo vital cristiano que se consigue en la vinculación apostólica; el hereje es un cristiano que se ha corrompido (*Praescr.* 12 y 13; 23, 5), pero que puede recuperarse íntegramente a través de la *correptio* (*Praescr.* 12, 1; 16, 2). Cipriano ve al hereje como a uno que ha perdido su ser cristiano y su posibilidad de salvación, ya que se sitúa fuera de la unidad de la iglesia (*De unit.* 4; *Ep.* 55, 24). El hereje, como el cismático, para poder reinsertarse en la iglesia, necesitaba para Cipriano rebautizarse, tesis que rechazó el papa Esteban (*Ep.* 74, 1-2, entre las epístolas de Cipriano). Agustín profundizó en el dato de que todos los bautizados, gracias al mismo y único nacimiento espiritual, son hermanos aunque vivan separados entre sí (*De bapt. c. donat.* 1, 5, 10; 6, 30-34; etc.). Si en el plano teológico, gracias a Agustín, se iba aceptando una unidad en el plano sa-

cramental incluso con el hereje, después del giro constantiniano éste dejó de ser considerado como cristiano en el plano social (a propósito de los donatistas en el edicto del 3 de agosto del 379 se dice: «cum nec christiani quidem habeantur»: CT XVI, 5, 5; Mommsen 1-2, 856) y por consiguiente, desde el punto de vista religioso público, sujeto a las penas de la *praescriptio* previstas por el reato de *superstitio*. Su posición fue adquiriendo cada vez más una connotación civil, siendo también la *correptio* sacramental un hecho de orden eclesial público. El hereje no es ya un caso interno de la iglesia, que perteneciera al ámbito espiritual y a la libertad de conciencia religiosa. La *Ep.* 93 de Agustín (año 407-408) al obispo donatista Vicente es considerada como el documento histórico substancial de la actitud de la iglesia con el hereje: se trata de un cristiano disidente al que se le puede infligir también la pena civil como medicina y remedio. Se ha señalado erróneamente a Prisciliano, ejecutado por el usurpador Máximo en el 385, como el primer hereje ajusticiado por sus convicciones religiosas. Antiguamente un hereje era considerado tal después de estar alejado durante cierto período de tiempo de la comunión eclesial, con la sanción además de la excomunión oficial (Sínodo de Constantinopla del 382, can. 6: Joannou I/1, 50-51).

F. Oehler, *Corpus haeresiologicum*, Berlin 1856-1861; J. De Guibert, *La notion d'hérésie chez s. Augustin*: BLE 21 (1920) 369-382; W. Bauer, *Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, Tübingen 1934 (*1964; ed. ingl., Philadelphia 1971); H. Pélérin, *Haeresis, schisma, et leurs synonymes latins*: REL 15 (1937) 316-319; Derek Baker (ed.), *Schism, Heresy and Religious Protest*, Cambridge de 1972; L. Kolakowski, voz *Eresia*, en *Enciclopedia Einaudi* (Torino 1978) V, 611-635; M. Simon, *From Greek haeresis to Christian Heresy*, en *Early Christian Literature and the Classical Intellectual Tradition* (Th. hist. 53), Paris 1979, 101-116; J. McClure, *Handbooks against Heresy in the West, from the Late Fourth to the Late Sixth Centuries*: JThS NS 30 (1979) 186-197; A. Benoit, *Irénee et l'hérésie. Les conceptions hérésiologiques de l'évêque de Lyon*: Augustinianum 20 (1980) 55-67; M. Girardi, *Nozione di eresia, scisma e parasinagoga in Basilio di Cesarea*: VChr 17 (1980) 49-77; V. Grossi, *L'iter della comunione ecclesiale nelle comunità di Tertuliano-Cipriano-Agostino*, en *Regno come Comunione*, Torino 1980, 59-100.

V. Grossi

HERESIOLOGOS. Son los autores cristianos que dedicaron algunos de sus escritos a enumerar, describir y refutar las diversas herejías del pasado y de su época. La primera gran herejía que tuvo que combatir la iglesia es la que suele designarse como «gnosticismo» (término que en el uso de los escritores antiguos tenía un sentido bastante genérico y servía para designar fenómenos muy diversos); los escritos heresiológicos más antiguos son pues sobre todo escritos antignosticos, que se proponen desenmascarar los errores de los sectarios y contraerponerles la recta doctrina derivada de la enseñanza de los apóstoles y de los obispos, sus sucesores. El primero que se conoce es Justino (mitad del siglo II), autor de un *Σύνταγμα κατὰ πασῶν τῶν γεγεννημένων αἱρέσεων* que se ha perdido, del que nos informa él mismo en otra obra suya (*Apol.* I, 26, 5), y de un *Πρὸς Μαρκίωνα σύνταγμα*, también perdido, que cita Ireneo (*Adv. haer.* IV, 6, 2; cf. también V, 26, 2) y Eusebio (*HE* IV, 11, 8-9; IV, 18, 9). Casi contemporáneo suyo es Hegesipo, autor de una obra en cinco libros, *Ὑπομνήματα* (perdida, pero de la que se conservan fragmentos en Eusebio, *HE* IV, 8, 2), en donde presenta los resultados de sus viajes e investigaciones a fin de encontrar la enseñanza auténtica de los apóstoles; las noticias recogidas en el libro V se referían sobre todo a la herejía gnóstica. Pero el heresiólogo más importante del siglo II es Ireneo de Lyon, autor de un *Ἐλεγχος καὶ ἀνατροπὴ τῆς ψευδονύμου γνώσεως* (conocido también con el título de *Adversus haereses*), en cinco libros, que poseemos por entero sólo en una antigua traducción latina, muy literal por otra parte, junto con algunos fragmentos del original griego; la obra se compone de dos partes: la primera (libro I) dirigida a describir la herejía gnóstica, la segunda (libros II-V) dirigida a refutarla. Ireneo recoge informes muy minuciosos sobre todo de la doctrina de las escuelas valentinianas, informes que constituyen una fuente insustituible para la historia del gnosticismo más antiguo. Hipólito de Roma (comienzos del siglo II) tiene dos escritos heresiológicos muy importantes; el primero, *Πρὸς πάσας*

τὰς αἵρέσεις (conocido también como *Syntagma*) se ha perdido, aunque cabe reconstruirlo según los estudiosos por los testimonios de los heresiólogos posteriores; lo mencionan Eusebio (*HE* VI, 22), Jerónimo (*De vir. ill.* 61) y Focio (*Bibl.*, cod. 121); señalaba 32 herejías y ejerció un gran influjo en la tradición heresiológica posterior. El segundo nos ha llegado incompleto y se titula *Κατὰ πασῶν αἱρέσεων ἔλεγχος* (citado también como *Refutatio omnium haeresium* o *Philosophoumena*); su autor sigue los pasos de Ireneo e intenta demostrar el carácter no cristiano de las herejías; su exposición tiene dos partes: en la primera (libros I-IV; el II y el III se han perdido) trata de los diversos sistemas de pensamiento paganos; en la segunda (libros V-IX) expone las doctrinas heréticas de 33 sectas gnósticas, vinculando a cada una de ellas con un sistema pagano discutido en la primera parte; el libro X que termina la obra comprende un sumario de lo anterior y una exposición sintética de la verdadera doctrina. Entre los autores latinos Tertuliano dio una aportación interesante a la tradición heresiológica; autor de varias obras polémicas (*Adversus Marcionem*, *Adversus Hermogenem*, *Adversus Valentinianos*, etc.), escribió además un tratado *De praescriptione haereticorum*, en el que se propone refutar de modo definitivo a todos los herejes recurriendo al argumento técnico de la *praescriptio*, sacado del derecho romano. A esta obra se añadió un catálogo de 32 herejías, titulado *Adversus omnes haereses* (capítulos 46-53), espúreo (según algunos autores debe atribuirse a Ceferino papa), que es considerado habitualmente como un simple resumen del *Syntagma* de Hipólito. Las obras de los más antiguos reflejan una situación doctrinal todavía bastante fluida; a medida que, gracias a las definiciones conciliares y de la reflexión teológica en continuo desarrollo, se precisan y se articulan de forma más compleja los contenidos doctrinales, la refutación de las herejías requiere una preparación técnica y una especialización cada vez mayor, en manos de los polemistas y de los controversistas. Los heresiólogos más tardíos (siglos IV-

VIII) se limitan por tanto a presentar listas y descripciones sumarias de las herejías, desde el origen hasta su época. Estos escritos, que dependen muy estrechamente de los escritos anteriores, son cada vez menos originales y resultan interesantes sólo para las últimas partes, las que se dedicaban a las herejías contemporáneas, que no figuran en las obras de sus predecesores. Al final de estas listas suele añadirse una presentación sintética de la fe ortodoxa. Epifanio de Salamina (siglo VI) es autor de un Πανάριον (= alacena para las medicinas, citado también como *Haereses*), cuyo título se explica por la intención del autor de ofrecer un antídoto a los que han sido mordidos por la serpiente de la herejía; se describen 80 herejías (las 20 primeras pertenecen al período precristiano), basándose en Justino, Ireneo e Hipólito para las más antiguas; el número de 80 fue sugerido probablemente por las 80 concubinas de Cant 6, 8. Más tarde se publicó un resumen de esta obra con el título de Ἀνακεφαλαίωσις (*Recapitulatio*), que utilizó san Agustín. Teodoreto de Ciro escribió una Αἱρετικῆς κακομυθίας ἐπιτομή (*Haereticorum fabularum compendium*), en cinco libros, donde presenta una breve descripción de todas las herejías, desde Simón Mago hasta Nestorio y Eutiques (libros I-IV) y una síntesis de la enseñanza ortodoxa de la iglesia (libro V). Filastrio de Brescia (siglo IV, final) es autor de un *Diversarum haereseon liber*, donde enumera y describe hasta 156 herejías; en Filastrio resulta evidente la tendencia, ya manifestada anteriormente, de hinchar artificialmente el número de herejías, probablemente para articular mejor los detalles y resaltar el peligro que se derivaba para la fe. También Agustín escribió por el 428/429 un *De haeresibus*, en que comparando a Epifanio y a Filastrio enumera y presenta hasta 88 herejías, desde Simón Mago hasta Pelagio y Celestio; la obra quedó incompleta en la segunda parte, que debería haber tratado del modo de reconocer y de evitar así las herejías (cf. *De haer.*, *proem.*). En estrecha dependencia de la exposición agustiniana se coloca el libro I de la obra anónima conocida con el título de *Praedestinatus*, que enumera 90

herejías, añadiendo noticias más o menos falsas y fantásticas. A los últimos siglos de la patrística se remontan el *Breviarium causae Nestorianorum et Eutychianorum* del diácono cartaginés Liberato (mitad del siglo VI), una breve historia de las herejías hasta el 553, y el *De haeresibus* de Juan Damasceno (finales del siglo VII). Este último escrito constituye la segunda parte de una trilogía titulada Πηγή Γνώσεως y se basa para los 80 primeros capítulos sobre todo en la Ἀνακεφαλαιώσις de Epifanio, y para los capítulos 80-100 en la obra de Teodoreto de Ciro; sólo para las tres últimas herejías (capítulos 101-103) parece ser original, aunque quizás se trata de un añadido de otra mano. La tradición heresiológica conoció nuevos desarrollos después de la época patrística, tanto en occidente como en el mundo bizantino.

F. Oehler, *Corpus haeresiologicum*, 3 vols., Berlin 1856-1861; A. Hilgenfeld, *Die Ketzergeschichte des Urchristentums, urkundlich dargestellt*, Leipzig 1884 (reimpresión en Hildesheim 1963); K. Rahner, *Häresien-geschichte*, en LTK V, 8-11.

C. Gianotto